



Bárbara Mínguez Amézaga, delegada de base, es candidata a diputada por la cabecera provincial.
Foto: Vicente Brito

El arte de aprender de los demás

Con la mochila cargada de sueños, Bárbara de los Milagros Mínguez Amézaga desgrana experiencias vividas como representante del órgano local de Gobierno y los recientes intercambios con los electores espirituanos

Carmen Rodríguez Pentón

Quizás porque lo de la estirpe no se puede negar, esta morena elegante, de hablar pausado y verbo claro, asume una especie de cuéntame tu vida con el mismo arresto y los bríos que la condujeron a tomar las riendas de la Circunscripción No. 19 y la vicepresidencia de la Asamblea del Poder Popular en el municipio de Sancti Spíritus.

Bárbara de los Milagros Mínguez Amézaga no puede ocultar la sonrisa cuando su apellido saca a relucir la historia del esclavo que bajo las órdenes de Serafín Sánchez se convirtió en comandante mambí, aprendió a leer y a escribir en la manigua enseñado por su jefe y desde hace décadas acompaña al prócer espirituario en la plaza que lleva su nombre.

Explica el parentesco que data de varias generaciones, pero que aún distingue el espíritu y humildad de una familia de obreros, que supo inculcarle el amor por lo que se aprende en los libros y de la gente, la sencillez y el respeto por sus semejantes.

Con una locuacidad impresionante y el verbo heredado de una profesión que todavía extraña, desanda el salto que llevó del magisterio al Poder Popular a la licenciada en Química y máster en Ciencias de la Educación.

“La preparación que tiene el maestro y el hecho de haber dirigido la Enseñanza Técnica y Profesional y la de Adultos en el municipio de Sancti Spíritus hace que una se prepare constantemente, pero eso está muy lejos de lo que exige la labor de gobierno, donde la dinámica te obliga a prepararte todo el tiempo y, aunque no dirigimos la Administración, la controlamos, por lo que debemos conocer y estar al día de todos los temas. No te niego que en los inicios fue duro, y en ocasiones me sentí acorralada, pero aprendí de todos y ha sido una escuela trabajar al lado de personas como Alexis Lorente Jiménez, el presidente del municipio, que tiene unos conocimientos y preparación extraclases.

¿Qué es más difícil para Bárbara: ser delegada o vicepresidenta del órgano local de Gobierno?

“Esa dualidad es complicada porque las personas creen que porque estás en esa posición todo lo puedes, sin pensar que yo me debo al pueblo y no solo a mi barrio, pero es una labor bonita que diariamente te impone un reto. Ser delegada de base es una gran escuela, te enseña las interioridades de las personas, tocas de cerca sus problemas y los sientes como tuyos. Nunca pensé trabajar en el Poder Popular y tampoco ser la vicepresidenta del Gobierno en el mayor de los municipios espirituanos; muchísimo menos que se me tuviera en cuenta para ser candidata a diputada al Parlamento, algo que siempre vi muy lejos de mi persona porque sé de muchos coterráneos con cualidades y méritos que también se lo merecen”.

¿Qué se lleva de ese diálogo con el pueblo y de los criterios que emiten los electores en los intercambios que tienen lugar con los candidatos?

“Tengo la mochila llena de muchas experiencias, criterios válidos que han enriquecido mi forma de ver las cosas, sobre todo en el sector empresarial, en centros como Frutas Selectas o la Empresa Porcina, donde no es lo mismo saber de su economía que tocar lo que hacen, ver *in situ* cómo, en medio de tantas limitaciones, apuestan por el desarrollo del territorio. A todos esos sitios, escuelas, comunidades... hemos ido a escuchar criterios y verdades de espirituanos dichas sin tapujos y que, al mismo tiempo, han expresado su confianza en nosotros. La preparación lo es todo para quien representa al pueblo, conocer, saber lo que piensan los electores para poder transmitir el sentir de los espirituanos y sus problemas en ese escenario tan importante que es la Asamblea Nacional. Todos los días se aprende”.

El hecho de ser candidata a diputada, reitera Bárbara, es un compromiso del que nunca se creyó merecedora, por eso agradece en quienes confían en sus méritos y cualidades, el respeto de la gente y a un sistema electoral tan democrático, que ella negra, sencilla y humilde, y tan de pueblo, pueda tener un escaño en el Parlamento cubano.



Ni sé de dónde saco el tiempo

Diana Forteza no parece tener límites para el trabajo y dirige una dotación de hombres que la acompañan a diario

Texto y foto:
José Luis Camellón

Tiene nombre de princesa, pero a los 34 años Diana Forteza Rodríguez no es heredera de nada; si acaso en el cofre de su alma solo guarda una fortuna de virtudes humanas. Para algunos su mayor riqueza es ser dueña de un cañaveral; para otros, tener una voluntad de trabajo nada común. Tal vez la dotación de hombres que la acompaña todos los días sea testigo de una certeza: esta mujer no parece tener límites en su desempeño.

A los 26 años, edad ideal para escoger el camino de la vida, ella terminó por elegir el incómodo puesto de dirigir un pelotón de corte mecanizado en la Unidad Básica de Producción Cooperativa (UBPC) Guayos. Escogió lidiar con una vida de madrugones, neblina, sol, polvo, lluvia y el calor que desprende la leña de la cocina.

Es una mujer todoterreno, allí hace de cocinera, lleva los controles del combustible, dirige a 15 hombres y responde por la tarea de corte diaria de las tres máquinas; nadie sabe de dónde saca tiempo para atender también a su familia y un cañaveral de 7 hectáreas.

“No creo me haya ganado tanta responsabilidad en el pelotón, tal vez sin proponérmelo demostré que podía desempeñar varias ocupaciones y hacerlas bien”, declara a *Escambray*, sin quitarle la vista al trasiego de la cosecha.

“Empecé en la zafra en el 2015 como cocinera del pelotón; como soy una persona desenvuelta cogí también eso del combustible. Ese mismo año el presidente de la UBPC me dijo: ‘Tú vas a ser la jefa del pelotón’, parece que se fijó en mi desempeño, porque en la cocina estaba al tanto de la planta móvil para las informaciones y los partes”, narra en plena guardarraya.

Vive en Guayos y se define como una mujer de carácter, pero jovial, conversadora, “una persona muy diplomática a la hora de hablar con cualquiera”, aclara como si leyera en las páginas de su vida. Mira hacia el campo que la máquina corta en ese instante; luego retoma

el diálogo, no sin antes acotar: “No creo haga algo extraordinario, solo pongo empeño en mi trabajo”.

Ahora con 34 años se viste de ejemplo, sigue hablando el pelotón; va a la cocina móvil, destapa el caldero y mueve el caldo que calmará los estómagos al mediodía; luego agarra una carpeta de papeles y escribe números; al rato, vuelve a la combinada rota arrimada al camino desde el amanecer; allí no tienen la solución, se le advierte preocupada; si por ella fuera hasta la empujara para picar caña.

¿Acaso le pone más horas al día?

No, es cuestión de estar aquí, organizar el trabajo, estoy tan metida en el pelotón que sí sacrifico mi vida personal y la salud, también, pero para nada me pesa, me gusta lo que hago y me siento realizada.

Trato de que la comida quede bien, les guste, porque ellos hacen mucho esfuerzo. Los papeles del combustible me ocupan tiempo, pero ya la jefatura del pelotón son palabras mayores, hay que estar al tanto de todo.

En zafra estoy pocas horas en la casa, aunque le dedico su tiempo porque tengo una hija de 13 años y a mi mamá; la familia no se puede pasar a un segundo plano. Ayudo a la niña con las tareas, me preocupo por su escuela. Todo es organizarse bien en cada actividad y tener mucha fuerza de voluntad para poder llevar esas ocupaciones; le aseguro que es muy sacrificada esta vida.

¿Cuáles son las armas para dirigir el pelotón?

Hago esto porque me gusta dirigir, tengo ese espíritu de salir adelante, no cogerle miedo al trabajo; si tengo que discutir con alguno, muerta de risa le digo: Esto es así y así, si

no lo vas a hacer, vete. Al rato los dos nos estamos riendo; él se montó en la combinada o agarró la llave para apretar la tuerca, ya pasó. Sin ellos no soy nadie, hemos creado, más que un equipo, una familia.

Que sea exigente, fuerte en el trabajo como dicen algunos, no quiere decir que soy una mujer agobiada; lo mismo canto, lloro, que me río; no me asustó el cañaveral, ni la zafra, para Diana no hay tarea imposible. Eso sí, me persiguen las responsabilidades, en la UBPC soy la secretaria del núcleo del Partido, presidenta de la Asociación de Técnicos Azucareros y, cuando termina la cosecha, almacenera. Ni sé de dónde saco el tiempo, pero cumplo con todo.

Soy licenciada en Educación Primaria, cuando dejé el sector trabajé un tiempo en Salud, hasta que fui para la UBPC Guayos de cocinera. Salí de atrás del caldero por el presidente Oscar de la Cruz, el me veía en la cocina tan joven, llena de vida y me decía: ‘Sal de ahí, tú puedes hacer otra cosa’; me dio la oportunidad de progresar y no la desaproveché; hoy soy su reserva en el cargo.

¿No le agobia asumir tanto desempeño laboral?

En lo absoluto, Diana siempre va a querer trabajar porque siento que mi país lo necesita, soy una mujer humilde, apegada al deber; no estoy aquí castigada, disfruto mi trabajo, el resultado del pelotón. Cuando quiera ver un campo de caña nueva bien atendido, lléguese al área que me dieron. Diana ha sabido salir adelante sola, con su esfuerzo, y se ha ganado la confianza y el respeto de sus compañeros. Hay Diana pa’ rato.



“Para dirigir no hay que ser un dios, sí darle confianza a la persona y, ante todo, dar el ejemplo”, dice esta mujer todoterreno.